

Referencias a la vaca en la literatura asturiana, sus nombres

La presente colaboración puede considerarse complementaria de otro trabajo a publicar en Revista especializada en folklore y tradiciones. Supone como un apartado de aquél por la afinidad del contenido, dado que los literatos hacen uso de lo que el pueblo argumenta, utilizando como inspiración motivos populares y, para Asturias —uno de cuyos principales estamentos constitutivos fue el campesino, y dentro del radio de acción de éste, la ganadería— la vaca supone un elemento primordial, por lo que los escritores —en prosa y en verso— se refieren a la misma como personaje integrado en los ambientes rurales descritos literariamente.

Y esto es lo que aquí se pretende: dejar constancia de determinados cuentos, poesías o fragmentos de novela en los que la vaca de Asturias adquiere representatividad.

No se intenta la utilización de procedimientos analíticos de lo acotado, a causa de la limitación de nuestro conocimiento en las posibilidades de esta clase de estudios. Se constatan, sencillamente, algunas referencias a la vaca dentro de la literatura que tiene como fundamento el ámbito territorial de nuestra región asturiana.

Queda patente la ostensible atracción de la vaca como ser protagonista —dentro de la literatura asturiana— en un cuen-

to de tanta resonancia como ¡Adiós, «Cordera»!, de Clarín. La vaca *Cordera* es compañera de los niños Rosa y Pinín, pero ella de edad «mucho más madura», por lo cual el autor la presenta como experimentada, reflexiva, cansina... La describe: «abuela, grande, amarillenta». Constituyen tres seres sumidos en la paz del *prao* Somonte con la sola alteración, en tal ambiente, del paso de un intempestivo tren. La pobreza familiar obliga al padre de los niños a tomar una drástica resolución: vender la vaca. La vaca con la que tan compenetrados estaban los niños, por muy diversos motivos: juegos, partos, *llindarla* por laderas de caminos que ellos elegían —cuando aún no disponían de un prado de su propiedad—. El comprador se lleva la vaca y los niños se despiden de ella viéndola salir del pueblo, exclamando entonces: «¡Adiós, Cordera!» Es una dolorida despedida que reiteran cuando en el tren que pasa junto al prado presienten al animal en el furgón con más ganado vacuno para el matadero: «¡Adiós, Cordera!» Clarín añade, sin embargo, a este posible final, la real despedida de Pinín, transcurridos ya los años, cuando se va para cumplir el servicio militar —a la guerra, a otro matadero— y los hermanos conjugan, en sus despedidas, sus nombres con el de la vaca añorada: «Adiós, Pinín. Adiós, Cordera». Y: «Adiós, Rosa. Adiós, Cordera». Queda en el lector el poso de la resonancia del nombre de *Cordera* como símbolo del dualismo aldea-paz/mundo-muerte.

Guarda cierta relación con este cuento el titulado *La nación*, de Pérez de Ayala. *Nación* es término equivalente a la cría de la vaca. El matrimonio Pachín de Clito y Ramoña compra una vaca con la esperanza de que pariera una «ternera» —una hembra, no un macho—. «Era un vaca con el pelo rojo y sedeo, con la pupila dulce, afable y amistosa de un camarada provector; su aliento tibio en el frescor matinal parecía humear: El matrimonio la miraba embebecido. Los *neñós* fueron a jugar bajo el vientre prolífico del animal paciente». La esposa bautizó a la vaca con una de las denominaciones habituales en la onomástica de las reses asturianas: *Cereza*. Pero como en su parto tuvo un *xatu* —ternero— con gran dolor de corazón —tras ponerle como nombre *Ga-*

lán y considerarlo como «la nación más guapa del concejo»— decidieron venderlo, puesto que comía, y no producía. Pachín fue al mercado con el *xatu*, mas por la noche regresó conduciéndolo nuevamente a casa, dado que —se disculpaba— sólo quisieron comprárselo «los matachines, esos cochinos matachines de Noreña, pa matarlo, pa descuartizarlo, pa comerlo. No, y mil veces no. Antes se muere el mundo de hambre».

En *La aldea perdida*, Palacio Valdés —y ya van nombrados los tres grandes de la literatura asturiana— deja entrever la misma aversión, por parte de los campesinos, hacia *las naciones* masculinas (es decir, que se tenga un macho en el parto), al ser preferidas las hembras puesto que además de trabajar, producen crías, leche y, finalmente, sirven para que sea vendida su carne. Así, el personaje Jacinto da noticias de su familia a unos ancianos que visita, y también —como algo imprescindible— sobre su ganado, notificándoles «que la *Pinta* había parido hacía días un *jato*. El tío Lalo torció el hocico; aquella vaca no les daba más que becerros». «Es verdad —repuso Jacinto—, pero, en cambio, la *Morica* ya nos dio tres *jatas* seguidas y váyase lo uno por lo otro». También en otros pasajes novelísticos de Palacio Valdés se hace referencia a las vacas, por el entronque asturiano del autor.

En *Sinfonía Pastoral, Adagio Cantabile* habla de una vaca que es muy *lechar*, pero poco *mantequera*, y pasa a explicar en qué consiste la diferencia, ya que podía dar mucha leche, pero al convertir ésta en manteca quedaba reducida a poca cantidad. Aclara también un tío a su sobrina que una vaca se llama *Pinta* «a causa de unas manchas blancas que tenía sobre el lomo». En sus memorias noveladas —*La novela de un novelista*— recuerda su visita, de niño, a una cuadra, donde deseó que lo montaran sobre una vaca, así como ordeñar a una de las varias reses que allí había: *la Salía, la Cereza, la Garbosa, la Morueca*...

En *El idilio de un enfermo*, que transcurre en Asturias, Palacio Valdés pone en boca de una muchacha, para referirse a una vaca suya que entró en propiedad ajena: «¡Qué condenada vaca, siempre empeñada en meterse en el prado

del tío Fernando...! ¡Garbosa, eh! ¡Garbosa, fuer! ¡Garbosa, aquí!» Se justifica en este pasaje lo frecuente que es el considerar a las vacas como *testeronas*, *cerradas de mollera*, como si prefirieran realizar su capricho antes que la acción conveniente a su dueño. (También resulta curioso el hecho de que antes, cuando se encontraban en un camino vacas de distintos dueños, solían pelearse, *puñando*, circunstancia que hoy no se produce. Si durante el buen tiempo se tumban en el prado una vez hartas, durante el invierno, al atardecer, se colocan instintivamente expectantes junto a la *portiella*, manifestando su deseo de que se les abra ésta para poder dirigirse a la cuadra.)

Con relación a las ineludibles frases de buen deseo respecto al ganado ajeno —de las que se dan ejemplos abundantes en el otro trabajo citado sobre el folklore asturiano y las vacas— el novelista Palacio Valdés, en *La Aldea Perdida* hace decir a Quino: «Dios te guarde, Nolo, y a tus padres y a tus hermanos. San Antonio guarde también el ganado que tenéis en la cuadra...» Es la frase habitual respecto al ganado que pertenece a otros: «San Antonio lo guarde»; con la respuesta de: «También a lo tuyo». Y es que el ganado supone algo primordial para el campesino, por lo cual se considera como una obligación de convivencia desearle —en las visitas a las casas ajenas— la salud, la preservación de aojamientos u otros males.

Otro ejemplo de la vinculación entre las vacas y las personas de la casa que con ellas habitan, lo da Palacio Valdés en *El idilio de un enfermo*, cuando el escribano va a embargar el ganado de un campesino, y el hijo de éste, viendo cómo se llevan a las vacas, solloza, suplicando que no se las lleven. Cuando la marcha ya se hace inevitable, mientras las ve pasar, insiste lloroso: «¡Parda...! ¡Garbosa...! ¡Salía...! Agapito, por tu madre... ¡no me llesves la Salía!» Y ya en frenesí, cuando ve que conducen una novilla con la que estaba sumamente encariñado, se abraza a ella a fin de impedir que se la lleven. Grita: «¡Cereza! ¡Cereza...! Por Dios, que me dejéis la Cereza... Señor escribano, déjeme la Cereza...» Los

fulmina luego, terminantemente: «¡Ladrones! ¡Ladrones de vacas! ¡Deja esa vaca, ladrón!»

Escribe José Francés en su novela *La raíz flotante* —parcialmente de ambiente asturiano—: «Se paró, curioso, ante un grupo que rodeaba una vaca. Corpulenta, rubia, con las ubres colgantes y la mirada dulce, aquietada por la calma verde de los prados donde pastara». Describe a continuación el trato de compraventa de la res que, como siempre, suele estar hilvanado de una larga serie de ofertas y demandas entreveradas de frases despreciativas y ponderativas —de quien compra y de quien vende, respectivamente— hasta que interviene un mediador que invita a que se «parta la diferencia». Al fin, si hay acuerdo, se dan la palmada definitiva —anteriormente habían entrelazado y soltado sus manos varias veces— que sella y cancela el trato, y una de las partes paga la robla. (Sobre la palmada puede consultarse *La «palmada» en Asturias*, por Ramón Prieto Bances, revista «Arbor», 1955.) Muestra de este trato también se da en la novela asturiana *Entre montañas*, de J. Antonio Onieva, y en el citado cuento clariniano.

Conocida es la propensión del campesino a dirigirse verbalmente a las vacas con distintos propósitos, desde el cariñoso —invitándolas, por ejemplo, a que se dejen ordeñar— hasta el acompañado de improperios, golpes y aguijonazos —es cierto que ha decaído este comportamiento— como lo demuestran los artículos de ciertas Ordenanzas municipales de concejos asturianos mediante los que se prohibía dicho maltrato y se proponía el castigo consiguiente a los «carreteros» —boyeros— que infringiesen lo indicado —aunque las Ordenanzas estaban mas bien redactadas con referencia a quienes en la ciudad dirigían una pareja de reses cuando transportaban mercancías, antes de la actual mecanización.

A Luis Santullano en *Don Felipete o la candidez (Tres novelas asturianas)* corresponde esta cita: «Uncidas la Roxa y la Galana, avanzó la rústica comitiva (...) Ya en la quintana, Carmela tomó la aijada de manos del rapaz y dirigió con pericia la maniobra de aproximar el carro a la tenada. «¡Va-

mos aquí, Roxa! ¡Atrás, Galana!» Hasta situarlo en el sitio conveniente para la descarga».

El trato de los dueños con sus vacas llega a tal grado de intimidad que cuando éstas oyen hablar a quien suele estar con ellas habitualmente, braman, como llamando a la persona, para que les dé de comer, las saque al abrevadero, las ordeñe o realice la acción que en tal momento corresponda. Además de identificar al dueño por la modulación o tono de su habla, poseen asimismo un olfato muy agudizado.

En la novela *Rosa María*, de Benigno Arango, una pastora habla así a una vaca: «Ven *Romera*; toma *Romerina*. ¿Quién te quiere mucho, mi *Romera*; quién te quiere mucho, *Romerina*? el abuelo me dijo que como ya eres muy vieja, te va a llevar al mercado para venderte; pero yo no le dejo. Cuando mi abuelo araba la tierra, yo iba delante y te daba panoyas de maíz, porque eras muy obediente. ¿Te acuerdas?» Aparece luego otro personaje, y entonces Rosa María se sorprende y justifica su acción «Porque hablaba con la vaca como si fuera una persona, y ya sé que es una tontería».

Juan Antonio Cabezas comienza su novela *Héroe de paz* presentando al protagonista, Damián, que ya terminada la guerra civil vuelve a su trabajo de campesino. Camina acompañado de una vaca con la que se siente íntimamente conpenetrado mientras observa el paisaje. «Entre Damián y su vaca había algo más que aquel ramal de esparto que confiadamente unía el testuz del animal a la cintura del hombre». «El mugido de un ternero hizo a la vaca volver la cabeza acuciada por el instinto maternal (...) Le acercó más sus morros pidiéndole caricias. El le rascó el testuz con ternura.

—También tú, «Estrella», sientes como yo esta tierra. «Estrella», «Estrella»... ¡Qué solos vivimos! —La vaca, como si entendiese, sacó su lengua larga, amarilla, y le lamió las manos». Se observa la reiteración de citar el nombre del animal, matizando, enfatizando con ello el afecto.

En *Maquiley*, por Aemege [Angel Muñiz González], Buenos Aires 1955, se describen varias costumbres de Ponga. En

la *mayada* de Les Llampes, por la mañana, el pastor llama por su nombre a cada animal, «alargando interminablemente la última sílaba, que el eco de las montañas devuelve una o varias veces, con tonos aún más armoniosos que los de la voz original: ¡Galana...! ¡Garbosa...! ¡Estrella...!» El mugido de los animales y la respuesta de los terneros supone «la contestación que entraña una confesión de hambre, y un imploramiento a que se les libere de sus *bellales*...»

Poéticamente dejó algún indicio Pérez de Ayala en *Almas paráliticas*, de «La Paz del Sendero», con ese afán anegador, casi telúrico, que la caracteriza:

A lo lejos destellan temblando las esquilas
de las vacas, que inundan la tarde de tristeza
resignada. La paz de la naturaleza
se ha asomado a mi espíritu y mi dolor mitiga.

Más directo es el soneto de Alfonso Camín —también el más dilatado cantor de Asturias— en el que se expresa la querencia de la vaca madre hacia su recental:

La vaca y el rapaz

Sobre el tapiz en flor de la pradera,
bajo las nubes de contornos lila,
cual si hecha a trozos de montaña fuera,
pace la vaca, con unción, tranquila.
Yergue de pronto la testuz severa,
avanza lenta, y al andar vacila.
(Siente en sus ubres la inquietud primera
y hay un trozo de cielo en su pupila.)
Es que en la cuadra rebramó el ternero...
Hace poco un rapaz cruzó el sendero,
para esperarla ante la cerca fijo.
Y al ir juntos después por la pendiente,
la vaca halaga al niño con la frente,
como una madre acariciando a un hijo.

En una literatura de alcance más popular, también figura la vaca como protagonista de anécdotas que se transforman

en cuentos más o menos cuidados literariamente. Así, el campesino que llevaba su hermosa vaca a todas las ferias y mercados con la finalidad de presumir, pues aunque iniciaba tratos simulando una posible venta, sabía de antemano que no se desprendería del animal; cuando éste enfermó, el campesino no recurrió al veterinario del pueblo próximo, sino al médico de la villa lejana, ofendido al comprobar que había sido llamado para atender a una vaca, sin querer comprender al dueño, el cual aseguraba ofensivo: «¡Pero ye que la mió vaca val más que la mió muyer!» Esto mismo se corrobora con otro cuento popular que recoge Daniel G.-Nuevo Zarracina: Un aldeano solicitó del médico las medicinas oportunas para su esposa que estaba enferma; y también algún posible medicamento para una vaca suya que padecía ciertos achaques. Pasado el tiempo, el aldeano fue a pagarle al médico, que pidió determinada cantidad por la consulta efectuada.

—Pero eso que me pide, ¿ye por curar a la muyer, o por curar a la vaca?

—No. Es por haber visitado a tu mujer; por haber visto y curado a la vaca no cobro nada.

—¡Ah! No. Usté está equivocau. Lo importante ye que me cobre lo de curar a la vaca... Verá, si me muerre la muyer, por cuarenta riales que cuesta casase, topo otra; pero si me muerre la vaca, el haceme con otra cuéstame cuarenta duros...

Son frecuentes ciertas significativas señales mediante las cuales las vacas demuestran que «conocen», distinguen a sus dueños. La proximidad de éstos —aun sin ser vistos por las reses— provoca en los animales —que parecen «conocer» las costumbres, el caminar, la modulación verbal de sus dueños— determinadas reacciones. Deja constancia de ello el poeta Cándido Sánchez en «De atardecer», —*Nostalgia del Camino*, Oviedo 1949:

Regresa el labrador de su sembrado
que desde el alba le robó el empeño

del duro trajinar. Muge el ganado
al rumor de las voces de su dueño.

Carlos de la Concha, en *Ensueños y añoranzas (De Asturias y por Asturias)*, México, s.f., incluye la poesía «Un castigo ejemplar», en la que figura el siguiente fragmento referido a un mercado, lugar donde tantos matices pueden observarse respecto a la picaresca de la compra-venta del ganado:

Allí andaban los "tratantes"	cuando, le hablan al oído,
corriendo de lado a lado,	cuando, tirándose al alto,
metiéndose entre las reses	poniendo el grito en el cielo,
que se aprietan a su paso.	enfadándose y jurando,
Entrando y saliendo a un tiempo	ya acercándose insinuantes,
a éste cojo, al otro llamo,	o apartándose dramáticos,
y sin cesar de moverse	tratan de aturdir con esto
y andar arriba y abajo;	a los pobres paisanos
aquí miran una vaca,	que se muestran muy humildes,
allí separan un xato,	confusos y acobardados,
a éste los cuernos le cogen,	mas no rebajan por esto
a aquél le tiran del rabo,	del precio ni un solo cuarto,
ya se encaran con el dueño	hasta que el sujeto llega
y tomándole la mano,	a ofrecer lo deseado,
apretándola con fuerza	y entonces abriendo el ojo
y sacudiéndole el brazo,	y apretándole la mano,
de forma tal; que parece	le sueltan un: "¡que te preste!"
que pretenden arrancarlo;	y ya está el trato cerrado.

De Alejandro Casona, en el libro de poemas *La flauta del sapo*, es la composición titulada «La vaca mansa»:

Era una vaca enorme,
solitaria en la braña.
En un rayo de sol
cantaba una calandria;
y la vaca la oía
sencillamente mansa.
Todo el campo calló.
Y en un sueño, la vaca
vivió trescientos años
oyendo a la calandria.

Enramadas de yedra
 florecieron sus astas;
 se helaron en el viento
 sus dos hilos de baba;
 se le durmió el paisaje
 sobre los ojos de agua,
 y sintió —mansamente—
 que le nacía un alma.
 Fue en mi niñez vaquera.
 Yo recuerdo a esa vaca
 entre la hierba verde
 paciendo leche blanca.

En esta composición, Casona ya entrevera —como sería habitual en su producción literaria posterior— lo cierto con lo irreal; así: una vaca solitaria y mansa, el canto de una calandria, pero añade que «en un sueño, la vaca vivió trescientos años», y además, «enramadas de yedra florecieron sus astas». Al final, cuando hace una cala rememorativa de su infancia, juega plásticamente con el contraste cromático: hierba verde/leche blanca.

Otras referencias a la vaca en la literatura asturiana existen en la novela *Villagrís*, de Jesús G. Robés —la actuación de un curandero—; Feijoo, carta tercera, discurso primero —contra los saludadores; Lucio Pérez [Maximiliano Arboleya], en *Desde la montaña. Bocetos al temple*; Juan Díaz-Caneja, en novelas que sitúa en Asturias, como la titulada *Verde y Azul*; asimismo, en otros escritores en bable y en los consabidos folkloristas.

Nombres y otras denominaciones

La vaca adquiere su entidad, su «personalidad», con el nombre propio que la identifica, diferenciándola de las demás. Habitualmente se les ponen nombres mimosos, halagadores, de querencia, como si ello repercutiera en el comportamiento favorable del ganado, pues es sabido que el cam-

pesino dialoga con sus vacas en la inexcusable relación diaria que mantienen.

En algunas zonas sólo se «bautiza» o da nombre a las vacas «que trabajan», como si las que se tienen para el exclusivo aprovechamiento de su leche no requirieran nombre discriminador. El fundamento para asignarles el nombre suele ser: el lugar de procedencia, el color, el nombre que tuviera la madre, determinada peculiaridad configurativa de los cuernos, manchas en el testuz; la raza, el capricho... Al citarlas en alguna conversación es frecuente colocar un artículo y un adjetivo posesivo precediendo al nombre, *la mi Rubia, la mió Garbosa...*

En ocasiones el nombre se decide cuando la vaca «se lleva» al toro, o para que sea inseminada artificialmente, pues entonces se pregunta al dueño el nombre de la res con objeto de dejar constancia en la anotación o inscripción que obligadamente se hace en los libros en que consta un control oficial.

En Sobrefoz (Ponga) es costumbre ponerles el nombre cuando tienen un año de edad; hasta entonces se dice ambiguamente *la xata de...*

Nombres cariñosos, ponderativos: Artillera, Alegre, Bonita, Brillante, Cachorra (gorda, de buena presencia), Calmosa, Capitana, Caprichosa, Cinaya (mimosa, caprichosa), Condesa, Curiosa, Curra, Duquesa, Faraona, Favorita, Fresca, Galana, Galinda, Gallarda, Garbosa, Gitana, Guapa, Ligera, Linda, Lozana, Lucera, Macarena, Mansa, Maja, Majita, Maravilla, Mariscala, Marquesa, Mimosa, Navarra, Noble, Orgullosa, Perla, Princesa, Reina, Revoltosa, Salada, Salerosa, Sandunga, Serrana, Soberana, Sultana, Zarina, Zagala, Xana.

Nombres por el color o manchas en su piel: Blanca, Canela, Careta, Carbonera, Cenicienta, Cereza, Colorada, Ciruela, Fosca (rubio claro), Estrella (dibujo en testuz), Mariella, Marietcha, Marela, Mora, Morucha, Morena, Moreta, Morica (negra), Moruquera, Muleta, Moruca («esta se llama Moruca, porque es casi negra, como ves», Palacio Valdés en *Adagio Can-*

tabile), Negreta, Paloma (blanca), Palomba, Palomina, Parda, Pardina, Picona (con mancha blanca en el hócico), Pinta, Roxa, Roxina, Rubia, Sirga (con manchas blancas en el vientre).

Nombres de otros animales: Cerica (un pájaro denominado también *cenrica*), Coneja, Cordera, Corza, Gacela, Leona, Liebre, Pichona, Pájara, Robeza (de rebeça, rebeco), Ritana (de *reitana*, hembra del *reitán*, pájaro).

Nombres por su raza o procedencia: Allerana, Asturiana, Casina, Cabraliega, Carreña, Mariñana, Marina, Montañesa, Pasiega, Pongueta, Polesa, Ratina (raza suiza, pelo de *rata*), Rata.

Nombres por su tamaño, conformación de cuernos: Chata, Feona, Focica, Gacha (cuernos caídos), Minúscula, Muralla, Piquera (cuernos altos), Pequeña, Palmera, Taruca (pequeña como un *tarucu*).

Nombres caprichosos, extraños, modernos (aunque a veces justificados en opinión de los dueños): Arenera, Bari, Barquillera, Baturra, Bélica, Boba, Bolera, Brillante, Campesina, Canaria, Carola, Cartaginesa, Clavela, Clavera, Cubana, Cuca, Chilena, Chispa, Esmeralda, Fenicia, Forosa, Galfarra, Gemela, Goleta, Guérfana, Japonesa, Jardinera, Ladrona, Leika, Limonera, Lola, Lucera, Luna, Macarena, Magüeta, Manola, Marinera, Mariposa, Mocosa, Molinera, Mixta, Oliva, Paisana, Pastora, Peregrina, Pipiola, Platera, Platiguera, Primavera, Regala, Reonda, Romera, Ronzona, Soraya, Telva, Tuna, Valquiria, Viciá, Yenka...

Otras denominaciones

Por los cuernos. *Brueço, broca*, cuernos hacia abajo, tendiendo a juntarse las puntas. *Garouta*, hacia arriba (San Martín de Oscos), *garrucha*, hacia arriba y para atrás (Sisterna). *Moca, mocha*, sin un cuerno, o sin los dos, *la vaca desmocese*, también *mogona* (Lena), y *morra*. *Meiga*, un cuerno hacia arriba y otro hacia abajo. Es *paleta* la que tiene los cuernos *paletos*, es decir, planos y abiertos, con las puntas divergentes. *Rescalbada*, con las astas abiertas y hacia atrás. *Torgada*, con los cuernos abiertos.

Por su rabo pueden denominarse *Coleta* si es blanco, y *Rabica* si no lo tiene.

Según su edad. En Cabrales llaman *debadoria* a la que tiene dos años, *vaca* si ya ha sido cubierta por el toro, y *cutral* cuando se considera vieja y la dedican a la matanza. En Cáraves (Peñamellera Alta) les aplican estos nombres según el proceso de edad: *jatas*, *trimas*, *becerrras*, y cuando paren, *vacas*. En Vallobil (Parres): de *xata* pasa a *novilla* cuando pierde los dos dientes delanteros, a los dos años; luego, a los tres, pierde otros dos dientes; cuando tiene cuatro ya los pierde todos y pasa a ser *vaca*. Lo normal es que a la cría hembra se le llame primero *xata*, para pasar a ser *nuviella* —ternera— cuando se lleva al toro, y finalmente, cuando pare, es ya *vaca*. En Sobrefoz (Ponga) el proceso de denominación desde que nacen es el siguiente: hasta los dos meses aproximadamente son *terrales*, hasta el año son *xatas*, hasta dos años *añoyas*; hasta tres, *dosenas*; hasta cuatro, *nuvuelles*, y de ahí en adelante, *vacas*.

Son frecuentes las palabras en relación con la cubrición, preñez o parto del ganado vacuno. *Valeira*, que no está preñada; *torera*, la que no se cubre pese a intentarlo reiteradas veces; *segundera*, la que tiene un segundo parto; *lluniega* o *cuniega*, que no «agarra», que no queda cubierta; está *tora* o anda *tueya* la que está en celo; *bellada* es la recién parida.

A la que camina mal, *esparabanada*. Con el lomo hundido, combado, *resellada*. Muy extenuada, *empareada*. Estrechadas del cuarto trasero, *asalmoná*, *bexuga*, *pasá*, *seca*. *Mariñana* a la que no engorda. *Manteguera* si da mucha leche. *Escosa* si no da leche, *la mió Pinta ta escosa*. *Sangrina*, inquieta, con genio. *Manera*, que da la leche «a la mano», sin necesidad de incitarlas con su cría, o sin estar preñada. Existen otras muchas denominaciones según su ubre —dura o blanda—, coloraciones de las diversas partes del cuerpo, comportamiento, o en conexión con el trabajo, las brañas, cantidad de leche, edad, sexo, etc..